

“ queda el lamentarme de ver los lentos pasos con que se anda y de los recelos de que no se quede tanta mies que parece que no puede estar de mas sazon sin poner mano á ella, acabándola tantos de ver y palpar con tantas circunstancias. Vuestra reverencia, por amor de Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos oficios que pueda para que esto vaya adelante.

“ Si yo supiese como se halla eso y si han venido ó no los de la mision de España, sabria lo que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando si vendrán ó no cuándo vendrán barcos, nada puedo determinadamente pedir, y esta negacion de comunicacion con vuestra reverencia y esas misiones, es sin duda uno de los grandes trabajos de por acá, y lo menos para lo que la deseo es para algun socorro, aunque las necesidades sean bastantes, que mientras hay salud, una tortilla y yerbas del campo, ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin noticia de nada, y á todos para poder pasar adelante, y aun con dudas de si se habrá de desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien sosegado y contento con lo que Dios dispusiere.

“ Aquí tres ocasiones me he considerado y hallado en peligro de muerte de mano de estos pobres gentiles, que fué el dia de la seráfica madre santa Clara, el dia de san Hipólito y el dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que me mataron á mi José Maria que traje desde Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con mucho sosiego. En los dias inmediatos despues, en que todavía estábamos con muchos recelos de que repitiesen su avance, escribí, aunque con mucha incomodidad, una larga carta á vuestra reverencia para remitirla al barco, y que si me matasen sirviese de despedida y de noticia, y que vuestra reverencia la diese al colegio, como se lo suplicaba; y como poco á poco se fué esto serenando, no la remití, y ahora que la he buscado, no he podido en modo alguno hallarla.

“ Para que vuestra reverencia sepa todo, va un trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el señor visitador general, para que lo lea, y después cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él leerá haga la cuenta que lo escribo á vuestra reverencia ya que no tengo lugar de repetirlo; que como escrito mio, lo puedo comunicar á quien gustare. Me parece que vuestra reverencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra que si viniese acá personalmente. Y así, por Dios, no trate vuestra reverencia de venirse hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo aspecto que tomen las cosas lo hallase conveniente. Por ahora se va con el capitán el padre Vizcaino, herido de la mano.

“ Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi, fray Fernando Parron, fray Francisco Gomez

“ y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos poner segunda mision. Si vemos se van acabando los víveres y la esperanza, me quedaré con solo el padre fray Juan, para aguantar hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su santa gracia, y encomiéndenos á Dios para que así sea. Si vuestra reverencia viese que van á traer el ganado que quedó en Vellicatá, remítanos una porcioncita de incienso; que habiendo venido cargando los incensarios, se nos olvidó; y podrán venir los calendarios, si hubiesen venido, y los nuevos santos óleos en caso de haber venido de Guadalajara.

“ Se sacarán en limpio los diarios, así el mio como el del padre fray Juan, cuanto antes se pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana es bien poca: con todo, nos esforzaremos é irán lo mas breve que se pueda. Otras muchas cosas dijera á vuestra reverencia; pero con tantas variaciones y contingencias, no me puedo explicar ni extender mas. A todos los compañeros me encomiando con fina voluntad; y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á falta de querer, sino de poder. Estos padres se encomiendan á vuestra reverencia con veras de su corazon, y fray Fernando dice que ya sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y que esta va en nombre de todos, y que lo encomiende á Dios. Cuando vuestra reverencia escriba al colegio dará á todos de mi parte mil memorias; y con esto adios hasta otra ocasion, que quizá no será tan larga como esta; y Su Majestad guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Diego en su puerto y gentilidad de California, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo amigo y siervo—Fray Junipero Serra.”

Luego que recibí esta y las demás cartas, pasé á estrecharme con el señor teniente de gobernador para que diese las convenientes disposiciones á efecto de que en la mision de San Fernando en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimentos se pudiese, y que cuanto antes se volviese para San Diego el señor capitán con los diez y nueve soldados que habia traído; como asimismo que se llevasen las reses, para evitar el abandono de aquel puerto, y que en caso de haberse ya desamparado, tuviese la gente mas pronto el socorro. Así lo hizo con grande eficacia el señor gobernador, y fué de tanta utilidad como después veremos.

CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNIPERO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el dia 19 de marzo, apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que del viaje; pareciéndoles, así á los oficiales como á los marineros, dilatado el plazo que el citado señor habia puesto para el dia después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que, como queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones. En San Diego todo era hablar de la retirada y disponerla; decian que la gente que se juzgase apta para suplir de marineros, se embarcaria en el paquebot San Carlos, que la restante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras tantas saetas que penetraban el corazon fervoroso de nuestro venerable padre presidente, quien incesantemente encomendaba á Dios este asunto en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del barco antes que llegase el dia señalado para la retirada, para que no se perdiese la ocasion de convertirse á Dios tantas almas como gentiles tenían á la vista; y que si entonces no se lograba la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo menos dilatarse por muchos años. Acordabase que habia ciento sesenta y seis, que nuestros españoles habian estado en aquel puerto por mar solamente, y que desde entonces no se habia vuelto á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él jurídica posesion y empezado á poblar, se desamparaba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de convertir almas para Dios, hicieron resolver á su siervo la subsistencia en San Diego, aunque la expedicion saliese; y para esto convidó á su discípulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofreció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios que algun dia llegase barco con socorro, y que dejándoles algunos marineros para suplir de soldados, podrian convertir á Dios alguna alma, interin los señores superiores mandaban que volviese á subir la expedicion y tropa para poner en planta la espirital conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco alguno de los que se esperaban; y permaneciendo constante el venerable padre en el ánimo de quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con el comandante de mar don Vicente Vila, y le habló de esta manera: “ Señor, el comandante de tierra y señor gobernador tiene determinado retirarse y desamparar este puerto para el dia 20, si antes no llega alguno de los barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la escasez de víveres, como la opinion comun de que se ha cegado el puerto; aunque yo sospecho que no lo conocieron. Lo mismo pienso yo, respondió el comandante, segun les he oído y he leído en las cartas: el puerto está allí mismo donde pusieron la cruz. Pues señor,

“ dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á quedarme, aunque se vaya la expedicion y en mi compañía el padre Crespi; si usted quiere vendremos aquí luego que salga la expedicion, y en llegando el otro paquebot, subiremos por mar en busca de Monterey.” Convino gustoso el comandante, y quedando de acuerdo, se retiró el venerable padre á su mision, guardando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor san José, propuso al citado comandante se hiciese la novena a este santo patron de las expediciones; y convenido á ello, se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el dia de señor san José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermon, teniendo ya dispuesto todo para la retirada que el dia siguiente habia de hacer para la California antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesion del santísimo patriarca, y dar á todos el consuelo de que viera clara y distintamente un barco, que ocultando de la vista el dia siguiente, no dió fondo hasta el cuarto dia en el puerto de San Diego. Esta vision fué bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la subsistencia y atribuyendo á milagro del patriarca santo el que en su propio dia, en que a la expedicion se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion cuando se tuvo noticia de las circunstancias que para esto concurren; pero entre tanto paso á referirlas, remito á la consideracion piadosa del lector el singular gozo y alegría que poseia el corazon de nuestro venerable padre, que incesantemente repetia á Dios las gracias, y asimismo al bendito santo, consuelo de afligidos, señor san José, á quien confesaba á boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestandose agradecido correspondia con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el dia 19 de cada mes, cuya devocion santa continuó hasta el último de su vida, como diré á su tiempo.

CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EXPEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el paquebot San Antonio fué despachado á principios de julio de 69 desde el puerto de San Diego al de San Blas en solicitud de tripulacion para el San Carlos y víveres para todos, y que á los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel puerto, sin mas novedad que la muerte de nueve marineros.

Luego que el excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general recibieron los pliegos y por ellos la noticia de ir caminando la expedición de tierra para Monterey, y de la falta de tripulación y de víveres que esta experimentada por no haber hecho viaje el tercer barco, dieron prontas y eficaces providencias para que sin pérdida de tiempo se aviase y cargase el paquebot San Antonio y saliese para Monterey en derechura, sin tocar en San Diego, para socorrer la expedición de tierra.

Salió el barco y navegó felizmente para la altura de Monterey; pero como ochenta leguas antes de llegar á ella, le faltó el agua, y fué preciso arribar al canal de Santa Barbara para proveerse de tan indispensable carga útil. En arribándose á tierra, los cercaron luego los gentiles con sus canoitas, muy placenteros y serviciales; les enseñaron el agua y ayudaron á llenar de ella los barriles; y aunque no sabian nuestro idioma, pero con bastante claridad les dieron á entender por señas que la expedición de tierra habia retrocedido; que habia transitado dos veces por sus rancherías y tratado con ellos, y nombraban algunos de los soldados. Con estas noticias se quedó perplejo el capitán Perez para deliberar; pero compeliéndole mas la órden de los superiores, como cierta, que el dicho de los gentiles, que podía no serlo, determinó seguir su viaje para Monterey. Pero la casualidad ó accidente de haber perdido allí una ancla, que consideraba le habia de hacer mucha falta en aquel puerto, le obligó á mudar de intento y bajar á San Diego para proveerse con la del San Carlos. Este que parecia accidente fué la causa de que el paquebot San Antonio arribase allí y se dejase ver la tarde del 19 de marzo, por lo cual, como queda dicho, no llegó á desamparar la misión y puerto de San Diego.

Habiendo llegado este barco tan cargado de bastimentos, se resolvió por los comandantes de mar y tierra hacer de nuevo las expediciones en busca del deseado Monterey. Para la de el mar fué el citado paquebot San Antonio, y en él nuestro venerable fray Junipero, y para la de tierra el señor gobernador con los demás que en su diario refiere el padre Crespi. Salieron ambas á mediados de abril, y estando ya á bordo mi venerable padre lector Junipero, me escribió la siguiente carta, que no omito insertar, pues de su contenido se percibe el ardiente y fervoroso celo de la conversión de las almas que inflamaba su corazón.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou. “Carísimo amigo, compañero y señor mio: Habiendo llegado á este puerto el día del señor san José el San Antonio, alias el Príncipe, aunque no entró hasta cuatro días después, de terminaron estos señores segunda vuelta á Monterey. Va segunda vez el padre fray Juan

“por tierra y yo por mar; y cuando estábamos en que no seria tan breve (aunque yo ya tenia embarcado cuanto habia que llevar, menos la cama), ayer sábado de Gloria muy tarde, recibí recado del capitán nuestro paisano don Juan Perez, que aquella misma noche habia de ser forzosamente el embarque. Embarquéme, y ahora estamos en la boca del puerto, y la gente trabajando en las maniobras de la salida, desde que les dije misa muy de mañana.

“Quedan de ministros de San Diego los padres Parron y Gomez, con soldados en sus trabajos, viendo que tal cual son los menos mal librados de los que aquí estamos. Yo y el padre fray Juan vamos con el ánimo de dividirnos (así que venga escolta) uno para Monterey y otro para San Buenaventura, como ocho leguas de distancia, porque no se pierda por nosotros ni por el colegio la erección de aquella tercera misión de esta nueva California. Y en la verdad será para mí el mayor de los trabajos tal género de soledad; pero Dios hará la costa por su infinita misericordia. Si no tuviere lugar de escribir al reverendo padre guardian, suplico á vuestra reverencia lo haga en mi nombre, dándole razon de todo, y que esta carta la escribo sentadito en el suelo de esta cámara con bastante trabajo, y así he hecho con la adjunta del señor ilustrísimo, que es brevecita, dándole razon de lo propio. Por este barco no he tenido ni siquiera una esquelita ni una letra de nadie.

“En voz hemos tenido la noticia de la muerte de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIII, y que se hizo elección en el excelentísimo señor Ganganeli, religioso nuestro, *Domini conservet eum, etc.*, que en esta soledad me he alegrado mucho de tanta dicha, y también he sabido de la muerte del padre Moran, á quien estamos aplicando las misas de nuestro concordato. El no haber venido carta, dicen que fué porque salió este barco con destino de ir derecho á Monterey, sin tocar acá; por esto se dejó allá todas las cartas de los que estamos en San Diego, para que las traiga el paquebot San José, que dicen está destinado para acá; pero no ha llegado, y en opinión de estos señores náuticos es muy dudoso si llegará. Cuando venga el otro, como no ha de pasar adelante, aquí se quedarán las cartas, y leídas por los padres, harán lo que gustaren de ellas; porque no sé yo cuándo irán otros para nuestro destino. Y ya ha un año que no tengo noticia del colegio ni de su ilustrísima, y breve se completa el de la última de vuestra reverencia. Bendito sea Dios. Cuando haya ocasión estimaré nos procure cera para las misas é incienso. Si hubieren llegado compañeros de España, á sus reverencias todos juntos con los antiguos me encomiendo con fina voluntad. “Por carta del padre Murguía, escrita al capi-

“tan D. Juan Perez en el cabo de San Lucas, “supe que el padre Ramos habia pasado á Loreto, llamado de vuestra reverencia á algunos negocios, y fué la cláusula de que mas me alegré, porque por ella supe el vivir vuestra reverencia y el padre Ramos, que no habia sabido otro tanto desde que salí de Vellicatá ó San Juan de Dios.

“Esta carta concluyo hoy, segundo día de Pascua, día de la profesión de nuestro santo padre san Francisco, porque ayer al cabo no salimos porque cambió el viento; pero ahora que serán como las siete de la mañana ya estamos salidos de la boca del puerto y vamos á remolque con la lancha de San Carlos, á cuyos marineros cuando se despidan la entregaré, *Deo dante*, para que la lleven á los padres de tierra y puedan entregarla á unos correos que me dicen van á despachar, así que se verifiquen las salidas de ambas expediciones.

“En fin, adios, carísimo mio, y Su Majestad nos junte en el cielo. Al padre Ramos y padre Murguía especialísimas memorias; y á todos los demás escribo una de cordillera, encomendándome en sus oraciones. Repito la supplica de que escriba vuestra reverencia al colegio en mi nombre, pues por lo repentino no he tenido mas lugar, y Dios guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mar del Sur, enfrente del puerto de San Diego, 16 de abril de 1770.—B. L. M. “de vuestra reverencia afectísimo hermano, amigo, siervo, etc.—*Fray Junipero Serra.*”

Habiendo salido de San Diego el día 16 de abril, empezaron á navegar y á reconocer la contrariedad de los aires, que les hizo descender hasta el grado 30; pero habiéndose engolfado y mejorado de vientos, llegaron con felicidad, después de cuarenta y seis días de navegación, al puerto de Monterey, como se verá en el capítulo siguiente.

La expedición de tierra salió un día después que la de mar, y llegando al deseado puerto, que no conocieron en el primer viaje, á los treinta y ocho días de su salida, habiendo descansado solo dos días en el camino las bestias, según se advierte en el diario del padre Crespi.

CAPITULO XXII.

LLEGAN LAS EXPEDICIONES AL PUERTO DE MONTEREY Y SE FUNDA LA MISION Y PRESIDIO DE SAN CARLOS.

Satisfará lo que promete este capítulo la siguiente carta que me escribió el venerable padre, en que me comunica su llegada á Monterey y lo que en aquel puerto se practicó.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou.— “Carísimo amigo y muy señor mio: día 31 de

“mayo, con el favor de Dios, después de un mes y medio de navegacion algo penosa, llegó este paquebot San Antonio mandado del capitán don Juan Perez, y dió fondo en este hermoso puerto de Monterey, el mismo, é invariado en sustancia y circunstancias de como lo dejó la expedición de don Sebastian Vizcaino el año de 1603. Me fué de mucho consuelo, el que se me aumentó con la noticia que aquella misma noche tuvimos de haber ocho días cabales que la expedición de tierra habia llegado, y con ella el padre fray Juan, y todos con salud; y mas cuando el día santo de Pentecostés, tercero de junio, juntos todos los oficiales de mar y tierra y toda la gente junto á la misma barranquita y encino donde celebraron los padres de dicha expedición, dispuesto el altar, colgadas y repicadas las campanas, cantando el himno *Veni Creator*, bendecida el agua, enarbola da y bendita una grande cruz y los reales estandartes, canté la misa primera que se sepa haberse celebrado acá desde entonces, y después cantamos la Salve á nuestra Señora ante la imagen de su ilustrísima que ocupaba el altar, y en la misa les prediqué. Concluimos la función con el *Té deum* cantado; y después allá los señores hicieron el acto de posesion de la tierra en nombre del rey nuestro señor, que Dios guarde. Después comimos juntos en una sombra de la playa, y toda la función fué con muchos truenos de pólvora, en tierra y en el barco. A solo Dios sea toda la honra y gloria. En órden á no haber hallado este puerto los de la expedición pasada y haber promulgado que ya no existia, no tengo que decir ni portar que meterme en juzgarlos. Basta que en fin que se encontró y se le cumplieron, aunque algo tarde, los deseos á su ilustrísima el señor visitador general y á todos los que deseamos esta espiritual conquista.

“Como el pasado mayo se cumplió un año desde que no recibí carta alguna de tierra de cristianos, puede pensar vuestra reverencia que en ayunas estaremos de noticias; con todo, solo pido cuando haya ocasion el saber de vuestra reverencia y compañeros, el cómo se llama nuestro santísimo papa reinante para nombrarlo en el cánon de la misa por su nombre; el saber si se efectuó la canonización de los beatos José Cupertino y Serafino de Aseuli, y si hay alguno otro beato ó santo, para ponerlo en el calendario y rezarlo, ya que parece estaremos despedidos de calendarios impresos; si es verdad que los indios mataron al padre fray José Soler en la Sonora ó Pimeria, y cómo fué; y si hay otro difunto de los conocidos, para encomendarlo á Dios como tal; y aquello solo que vuestra reverencia juzgue hacer caso para unos pobres ermitaños, segrega desde la sociedad humana.

“Lo que tambien deseo saber es de la misión

“ de España; de ella encargo mucho á vuestra reverencia y suplico se destinen dos sugetos para estas misiones, para con los cuatro que estamos ajustar los seis y poner la mision de San Buenaventura en la canal de Santa Bárbara, tierra mucho mas ventajosa que San Diego, que Monterey y que todo lo descubierta. Ya se han enviado dos veces bastimentos para dicha mision, y ya que hasta aquí no se ha podido atribuir á los religiosos no estar fundadas, no quisiera que se atribuyera cuando haya escolta para ponerla. Verdad es que como el padre fray Juan y yo estamos en pié, no se demorará, porque nos dividiremos cada uno á la suya y será para mí el mayor de los esfuerzos el quedarme con el sacerdote mas cercano á distancia de ochenta leguas; por lo que suplico haga vuestra reverencia que no haya de durar mucho tiempo tan cruda soledad. El padre Lazuen desea mucho venir á estas misiones, y así téngalo vuestra reverencia presente cuando se le ofrezca deliberar en destinar ministros.

“Estamos cortísimos de cera para las misas, así acá como en San Diego; sin embargo, vamos mañana á hacer fiesta y procesion del Corpus, aunque sea pobreménte, para ahuyentar cuantos diablillos pueda haber por esta tierra: si hay lugar que venga alguna, nos hará muy al caso, y el incienso que en otra ocasion pedí. Vuestra reverencia no deje de escribir á su ilustrísima la enhorabuena de este hallazgo del puerto, y lo que bien le parezca, y no deje de encomendarnos á Dios, quien guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Carlos de Monterey, y junio dia de san Antonio de Padua de 1770.—B. L. M. de vuesta reverencia afectísimo amigo, compañero y siervo—Fray Junípero Serra.”

En el mismo dia que se tomó posesion del puerto y se dió principio al presidio real de San Carlos, se fundó la mision con el propio nombre y contigua á aquel una capilla de palizada para iglesia interina; asimismo una vivienda con las respectivas piezas ó divisiones para asistencia de los padres y oficinas necesarias, cercados ambos establecimientos con una estacada para su defensa. Los gentiles no se dejaron ver en aquellos dias, porque desde luego les causó espanto la multitud de tiros de artillería y fusilería que se dispararon por la tropa; pero á poco tiempo empezaron á acercarse, y el venerable padre á regalarlos para conseguir su ingreso en el gremio de la santa Iglesia y logro de sus almas, que era el principal objeto de sus designios.

El dia después de la fiesta del Corpus que refiere el venerable siervo de Dios en su carta ya copiada, se despachó un correo por tierra con los pliegos para su excelencia y el ilustrísimo señor visitador general, dándoles noticia de todo la acae-

cido, y con el mismo me remitió su citada carta, la cual recibí el dia 2 de agosto hallandome en la mision de Todos Santos, en el Sur de la California, quinientas sesenta leguas distante del puerto de Monterey, que tantas anduvo el correo en mes y medio, habiéndose detenido cuatro dias en San Diego. Los pliegos para su excelencia se despacharon por una lancha á San Blas; pero habiendo el comandante de la expedicion, en virtud de la órden que tenia, salido de Monterey á 9 de julio y arribado á aquel puerto á 1º de agosto, llegó á Méjico primero la noticia por sus cartas, que despachó inmediatamente y recibió el excelentísimo señor virey el dia 10 del expresado agosto, quien mandó se celebrase tan plausible noticia con las devotas expresiones que se dirán en el capítulo siguiente.

El teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes quedó mandando el nuevo presidio de San Carlos en Monterey; y considerando ser muy poca la tropa que allí existia, resolvió de acuerdo con el venerable presidente, suspender la fundacion de la mision de San Buenaventura hasta que llegase un capitán con diez y nueve soldados que habian bajado á la antigua California por el mes de febrero á conducir ganado vacuno; pero el capitán con tropa y ganado no subió mas que hasta San Diego, sin dar aviso hasta el siguiente año en que lo hizo con un barco, como se verá adelante. No pudiéndose por este motivo dar principio á la mision tercera, se aplicó nuestro venerable padre con su discípulo fray Juan Crespi á la reduccion de los indios de Monterey, procurando atraer con regalitos á los que lo iban á visitar; pero como no habia quien supiese el idioma de ellos, se hubieron de pasar muchos trabajos al principio y hasta que Dios quiso abrir puerta por medio de un muchacho, indio neófito que habian traído de la antigua California, el cual con la comunicacion que el venerable Junípero le hacia tener con los gentiles para el efecto, empezó á entenderlos y á articular algunas cosas en aquella lengua, con lo que sirviendo de intérprete, pudo explicarse ya á los indios que el fin de la venida á sus tierras era para encaminar al cielo sus almas.

El dia 26 de diciembre del citado año se consiguió el primer bautismo en aquella nacion gentilica, y fué para el fervoroso y ardiente corazón de nuestro venerable padre de inexplicable júbilo, y con el tiempo se fueron logrando otros y aumentándose el número de cristianos, de modo que á los tres años después subí yo á aquella mision y habia ya en ella ciento sesenta y cinco; y cuando terminó su gloriosa carrera el venerable fundador Junípero, dejó bautizados mil y catorce, de los cuales habian ya pasado muchos á gozar de Dios en la vida eterna por los incesantes desvelos de aquel apostólico varón.

Mucho ayudaron á estas reducciones, ó por mejor decir, fué el cimiento principal de tan im-

portante conquista, las singulares maravillas y prodigios que Dios nuestro Señor hizo ver á los gentiles para que cobrasen amor y temor á los católicos; temor para contenerlos y que no con su muchedumbre se insolentasen contra el corto número de los cristianos, y amor para que oyesen con afecto la doctrina evangélica que se les venia á enseñar, y para que abrazasen el suave yugo de nuestra santa ley.

El padre Crespi en su diario del segundo viaje de la expedicion de tierra al puerto de Monterey, dice en el dia 24 de mayo (como puede ver en él el lector) lo siguiente: “Como á las tres leguas de andar, llegamos á la una del dia á las lagunas de agua salada de la Punta de Pinos, de la parte del Nordeste, donde en el primer viaje se puso segunda cruz. Antes de apearnos fuimos el señor gobernador, un soldado y yo á ver la cruz, para ver si habia alguna señal de que hubiesen ya llegado allí los del barco; pero no se encontró ninguna. Encontramos toda la cruz rodeada de flechas y de varillas con muchos plumajes, hincadas en la tierra, que habian puesto los gentiles, y una sarta de sardinas todavía medio frescas, colgadas de una vara al lado de la cruz, otra con un trozo de carne al pié de la cruz y un montoncito de almejas.” Causóles á todos grande admiracion aquello; pero ignorando la causa suspendieron el juicio.

Luego que los recién bautizados comenzaron á explicar sus discursos en el castellano idioma y que el neófito californio comprendió el de ellos, declararon lo siguiente en distintas ocasiones. Que la primera vez que vieron á nuestra gente, advirtieron en ella que todos traian en el pecho una muy resplandeciente cruz, y que cuando se volvieron de allí dejando aquella grande en la playa, fué tanto el temor que se les infundió, que no les permitia acercarse á tan sagrada señal, pues la veian llena de lucidos resplandores cuando ausentados aquellos con que el sol ilumina al dia, prevalecian las sombras de la noche; advirtiéndola con tales creces, que les parecia elevarse hasta la suprema celsitud; pero que mirándola de dia sin estas circunstancias y en su natural extension, se arrimaron á ella, y procurando congraciarse para con ellos para que no les hiciese daño alguno, le ofrecian en obsequio aquella carne, pescados y almejas; y que causándoles admiracion el ver que nada comia, le ofrecieron sus plumajes y flechas en significacion de que querian paz con la santa cruz y las gentes que allí la habian puesto.

Esta declaracion hicieron varios de los indios (como llevo dicho) en distintos tiempos, y últimamente en el año de 74 que volvió de Méjico el venerable padre presidente, ante quien la repitieron sin la menor variacion de como lo habian hecho ante mí el año anterior. Así lo escribió el siervo de Dios, por materia de edificacion, al excelentísimo señor virey, para fervorizarlo mas

y empeñarlo al propio tiempo en el feliz logro de esta espiritual empresa. Del citado y otros muchos prodigios que ha obrado el Señor, se ha seguido la reduccion de estos gentiles con toda paz y sin estrépito de armas. Bendito sea Dios, á quien sea toda la gloria y alabanza.

CAPITULO XXIII.

DEVOTAS EXPRESIONES DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CROIX POR LA NOTICIA DEL DESCUBRIMIENTO DE MONTEREY.

Tan importante para mayor gloria de Dios, extension de nuestra santa fe católica en la mas setentrional California y honor de nuestro católico monarca, consideraban el excelentísimo señor virey marqués de Croix y el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez, el establecimiento de Monterey, que la grande alegría que recibieron el dia 10 de agosto del año de 1770 con la noticia de haberse fundado en dicho puerto la mision y presidio de San Carlos, no la pudieron contener en sus nobles corazones y la mandaron publicar en la populosa ciudad de Méjico, capital de la Nueva España. Pidieron al señor dean de aquella catedral mandase dar un solemne repique de campanas, al cual correspondieron todas las demás iglesias, así de seculares como de regulares, causando general alegría en todos los moradores. Preguntábase unos á los otros por la novedad, y enterados de ella acompañaron á su excelencia en el regocijo; pasando los principales á palacio á darle los parabienes, que recibió en compañía del ilustrísimo señor visitador, principal agente de las espirituales conquistas, para cuyo efecto trabajó como ninguno, no dignándose un caballero de sus circunstancias de servir aun de peon para la carena de los barcos, y encajonar por sus propias manos los utensilios que habian de servir á las misiones; y viendo logrado el fruto de tantos trabajos, rindieron á Dios ambos señores las gracias por el feliz éxito de la conquista y expediciones dirigidas al efecto, con que se extendieron los dominios de nuestro católico monarca por mas de trescientas leguas en esta América en lo mas setentrional de ella.

Es el expresado tramo de trescientas leguas de longitud, de terrenos fértiles y poblados de inmensa gentilidad, de cuyos naturales dóciles y apacibles se esperó desde luego su conversion á nuestra santa fe y congregacion en católicos pueblos, que viviendo sujetos á la real corona, asegurasen las costas de este mar del Sur ó Pacífico. En accion de gracias de tan feliz consecucion, determinaron los citados señores que el dia inmediato de recibida la noticia, se cantase en la iglesia catedral una misa solemne, á que asistieron ambos, acompañados de todos los tribunales, y concluida se repitieron los parabienes, que re-

cibió su excelencia en nombre de nuestro católico monarca.

Deseoso el excelentísimo señor virey de que no solo los habitantes de la ciudad de Méjico, sino que tambien todos los de la Nueva España participasen de tan plausibles noticias, mandó imprimir y repartir una relacion que se extendió por todo el reino, la cual me ha parecido conveniente insertar, por percibirse en ella el religioso celo de nuestro venerable fray Junipero y el alto concepto en que dichos señores lo tenían de ejemplar y celoso.

COPIA DE RELACION IMPRESA.

EXTRACTO DE NOTICIAS DEL PUERTO DE MONTEREY, DE LA MISION Y PRESIDIO QUE SE HAN ESTABLECIDO EN ÉL CON LA DENOMINACION DE SAN CÁRLOS, Y DEL SUCESO DE LAS EXPEDICIONES DE MAR Y TIERRA QUE Á ESE FIN SE DESPACHARON EN EL AÑO PRÓXIMO ANTERIOR DE 1769.

Después de las costosas y repetidas expediciones que se hicieron por la corona de España en los dos siglos antecedentes para el reconocimiento de la costa occidental de California por el mar del Sur y la ocupacion del importante puerto de Monterey, se ha logrado ahora felizmente esta empresa con dos expediciones de mar y tierra que á consecuencia de real orden y por disposicion de este superior gobierno, se despacharon desde el cabo de San Lúcas y el presidio de Loreto en los meses de enero, febrero y marzo del año próximo anterior.

En junio de él se juntaron ambas expediciones en el puerto de San Diego, situado á los 32 grados y medio de latitud; y tomada la resolucion de que el paquebot San Antonio regresase al puerto de San Blas para reforzar su tripulacion y llevar nuevas provisiones, quedó anclado en el mismo puerto de San Diego el paquebot capitana nombrado San Carlos por falta de marineros que murieron de escorbuto; y establecida allí la mision y escolta, siguió la expedicion de tierra su viaje por lo interior del país hasta el grado 37 y 45 minutos de latitud, en demanda de Monterey; pero no habiéndolo hallado con las señas de los viajes y derroteros antiguos y recelando escaseces de víveres, volvió á San Diego, donde con el feliz arribo del paquebot San Antonio en marzo de este año, tomaron los comandantes de mar y tierra la oportuna resolucion de volver á la empresa, conforme á las instrucciones que llevaron para conseguirla.

Con efecto, salieron de San Diego ambas expediciones en los dias 16 y 17 de abril del presente, y en este segundo viaje tuvo la de tierra la felicidad de hallar el puerto de Monterey y de llegar á él el 24 de mayo, y la de mar arribó tambien el 31 del presente y propio mes.

Ocupado así aquel puerto por mar y tierra con particular complacencia de los innumerables gentiles que pueblan todo el país, explorado y reconocido en los dos viajes, se solemnizó la posesion el dia 3 de junio, con instrumento que extendió el comandante en jefe y certificaron los demás oficiales de ambas expediciones, asegurando todos ser aquel mismo puerto el de Monterey, con las idénticas señas que describieron las relaciones antiguas del general don Sebastian Vizcaino y derrotero de don José Cabrera Bueno, primer piloto de las naos de Filipinas.

El dia 14 del citado mes de junio último despachó el dicho comandante don Gaspar de Portalá un correo por tierra al presidio de Loreto con la plausible noticia de la ocupacion de Monterey y de quedar estableciendo en él la mision y presidio de San Carlos; pero con el motivo de la gran distancia, aun no habia recibido este superior gobierno aquellos pliegos, y en 10 del presente mes llegaron á esta capital los que desde el puerto de San Blas dirigieron el mismo Portalá el ingeniero don Miguel Constanzó y el capitán don Juan Perez, comandante del expresado paquebot San Antonio, alias el Príncipe, que salió el 9 de julio de Monterey; y sin embargo de ocho dias de calma, hizo su viaje con tanta felicidad y celeridad, que el primero de este mes echó el ancla en San Blas.

Quedaron abundantes útiles en el nuevo presidio y mision de San Carlos de Monterey, y el repuesto para un año, á fin de establecer otra doctrina en proporcionada distancia, con la advocacion de San Buenaventura; y habiendo quedado tambien por comandante militar de aquellos nuevos establecimientos el teniente de voluntarios de Cataluña don Pedro Fajes con mas de treinta hombres, se hace juicio que á esta fecha ya se le habrá unido el capitán del presidio de Loreto don Fernando de Rivera, con otros diez y nueve soldados, vaqueros y arrieros que conducian doscientas reses vacunas y porcion de víveres, desde la nueva mision de San Fernando de Vellicatá, situada mas allá de la frontera de California, antiguamente reducida, pues salió de aquel paraje el 23 de mayo último con destino á los expresados puertos de San Diego y Monterey.

No obstante de que en este dejaron provistos los almacenes ya construidos del nuevo presidio y mision á la salida del paquebot San Antonio y de que en el de San Diego se regulan anclados los otros dos paquebotes de su majestad, San Carlos y San José, dispone este superior gobierno que á fines de octubre próximo vuelva el San Antonio á emprender tereer viaje desde el puerto de San Blas, y conduzca nuevas provisiones y treinta religiosos fernandinos de la última mision que vino de España, para que en el dilatado y fértil país reconocido por la expedicion de tierra, desde la antigua frontera de la California

CAPITULO XXIV.

PROVIDENCIAS EFICACES QUE DIÓ SU EXCELENCIA PARA LOS NUEVOS ESTABLECIMIENTOS POR EL INFORME DEL VENERABLE PADRE PRESIDENTE FRAY JUNIPERO.

Habiéndose detenido el barco algun corto tiempo en el nuevo puerto de Monterey, tuvo lugar el venerable padre para explorar, así aquel terreno como los demás de sus inmediaciones; y conociendo por su notoria práctica y alta comprension, que no convenia permaneciese la doctrina nombrada San Carlos en el sitio que estaba establecida, respecto á carecerse allí de las tierras necesarias para las labores y de agua para el riego, y que á distancia de una legua en las regas del rio Carmelo habia estas proporciones y las demás que señalan las leyes de Indias deben tenerse presentes para los nuevos poblados y establecimientos de misiones; lo informó todo exactamente al excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general, suplicándoles tuviesen á bien que la mision de San Carlos se mudase á las vegas del rio Carmelo.

Hízoles presente asimismo la innumerable gentilidad que la expedicion habia descubierto en el espacioso tramo de mas de trescientas leguas que se cuentan desde la frontera de San Fernando Vellicatá hasta el puerto de nuestro padre San Francisco, como tambien los muchos y buenos sitios que ofrecian aquellos terrenos para la formacion de pueblos y misiones; pudiéndose de ellas hacer una dilatada cordillera, establecerse todas casi á la costa del mar del Sur, así para la comunicacion como para convertirse á Dios tantas almas que sepultadas en las tinieblas del gentilismo perecian eternamente por falta de quien les enseñase la verdadera luz de nuestra católica religion. Y que para conseguir tan importantes designios era necesario que viniesen muchos operarios evangélicos, con todo avío de ornamentos y vasos sagrados para la iglesia, utensilios de casa y herramientas de campo, para imponer á los recién bautizados en el laborio de tierras, para que por este medio con los frutos que se cogiesen, pudieran mantenerse como gentes y no como pájaros, segun lo hacian con las silvestres semillas que produce el campo, y lograr al propio tiempo su cultura y adelantamientos.

Lo mismo escribió al reverendo padre guardian del colegio con la expresion de que aunque viniesen cien religiosos; habria para todos que hacer, por la mies abundante que habia Dios puesto allí á la vista del fernandino colegio. A él acababan de llegar, casi al propio tiempo que esto informaba el venerable padre, cuarenta y nueve religiosos que venian de España, pues entraron el dia 29 de mayo del año de 1770.

Luego que su excelencia recibió aquel infor-

hasta el puerto de San Francisco, poco distante, y mas al Norte del de Monterey, se erijan nuevas misiones y se logre la dichosa oportunidad que ofrece la mansedumbre y buena índole de los innumerables indios gentiles que habitan la California Setentrional.

En prueba de esta feliz disposicion con que se halla la numerosa gentilidad ya docilísima, asegura el comandante don Gaspar de Portalá, y en lo mismo convienen los demás oficiales y los padres misioneros que nuestros españoles quedan en Monterey tan seguros como si estuvieran en medio de esta capital; bien que el nuevo presidio se ha dejado suficientemente guarnecido con artillería, tropa y abundantes municiones de guerra, y el reverendo padre presidente de las misiones destinado á la de Monterey, refiere muy por menor y con especial gozo la afabilidad de los indios y la promesa que ya le habian hecho de entregarle sus hijos para instruirlos en los misterios de nuestra sagrada y católica religion; añadiendo aquel ejemplar y celoso ministro de ella la circunstanciada noticia de las misas solemnes que se habian celebrado desde el arribo de ambas expediciones hasta la salida del paquebot San Antonio, y de la solemne procesion del santísimo Sacramento que se hizo el dia del Corpus 14 de junio; con otras particularidades que acreditan la especial providencia con que Dios se ha dignado favorecer el buen éxito de estas expediciones, en premio sin duda del ardiente celo de nuestro augusto soberano, cuya piedad incomparable reconoce como primera obligacion de su corona real en estos vastos dominios, la extension de la fe de Jesucristo y la felicidad de los mismos gentiles, que gimen sin conocimiento de ella en la tirana esclavitud del enemigo comun.

Por no retardar esta importantísima noticia, se ha formado en breve compendio la presente relacion de ella, sin esperar los pliegos despachados por tierra desde Monterey, entre tanto que con ellos, los diarios de los viajes por mar y tierra y los demás documentos, se puede dar á su tiempo una obra completa de ambas expediciones. Méjico, 16 de agosto de 1770.—Con licencia y orden del excelentísimo señor virey, en la imprenta del superior gobierno.

Esta relacion, que impresa corrió con no vulgar aprecio, así en toda esta como en la antigua España, da bassantes luces para conocer el alto concepto en que tenían á nuestro venerable fray Junipero los superiores jefes de este Nuevo Mundo, aun ignorando la resolucion con que estaba en San Diego de no desistir de tan importante y espiritual conquista, aunque la expedicion se regresase á la antigua California, como queda expresado en el capitulo XX de esta historia. Y no contribuyó poco esta buena opinion para conseguir del superior gobierno las eficaces providencias que se necesitaban para estos nuevos establecimientos, como demostrará el siguiente